

Introducción

No hay ningún apóstol que sea objeto de tantas discusiones como san Pablo. Los cristianos evangélicos ven en él al verdadero teólogo del Nuevo Testamento. Lutero desarrolló su teología de la justificación haciendo la exégesis de la carta a los Romanos. De este modo, Pablo ha estado siempre en el centro de la teología evangélica. Pero hoy en día muchos pastores protestantes dicen que durante sus estudios les quitaron las ganas de acercarse a Pablo. Las argumentaciones teológicas relativas a la relación entre ley y fe les resultan extrañas. Andan en busca de un acceso nuevo a Pablo.

Las mujeres tienen problemas con Pablo y con su punto de vista aparentemente hostil con ellas. Pero también en este punto se nos ha proporcionado con frecuencia una perspectiva del apóstol que no se ajusta a la realidad. En la actualidad, la mayoría de los exégetas están de acuerdo en que el mandato de que las mujeres guarden silencio en la asamblea (1 Cor 14,34-36) no procede de Pablo, sino que probablemente fue añadido por un redactor que juntó las distintas partes de las dos cartas a los Corintios. En las cartas del apóstol, las mujeres desempeñan un papel importante tanto en lo que atañe a la fundación de las comunidades como en la vida concreta de éstas y en la organización del culto divino. Según 1 Cor 11,4ss, Pablo prevé que el

hombre y la mujer oren en voz alta en pie de igualdad (cf. Klauck, *1. Korintherbrief* 105). Fueron sobre todo mujeres quienes contribuyeron a establecer las comunidades cristianas. Pablo colaboraba continuamente con mujeres y tenía, al parecer, buena relación con ellas. También las mujeres intentan hoy ver a Pablo con ojos nuevos dejando a un lado viejos prejuicios.

Los judíos ven en Pablo a un traidor sobre el que recae la responsabilidad de la ruptura entre el judaísmo y el cristianismo. Mientras que muchos judíos ven hoy a Jesús como uno de los suyos, Pablo es para ellos el verdadero fundador del cristianismo. Pablo, dicen, no tenía ningún interés en las palabras y las obras de Jesús, sino que, influido por el pensamiento griego y las religiones místicas del mundo helenístico, elaboró el mito de la divinidad de Jesús y creó así una religión distinta de la que Jesús quería. Pero también en este ámbito se está iniciando una nueva visión del apóstol. En la actualidad, los judíos meditan sobre los capítulos 9–11 de la carta a los Romanos, en los que Pablo pone de manifiesto su alta estima por la tradición judía y por la primacía judía sobre los gentiles, y también su lucha por la relación de la Iglesia con Israel. Y hay judíos que reconocen que Pablo después de su conversión siguió siendo fariseo y pensando como un fariseo, aun cuando el paso a los gentiles es para muchos judíos de hoy, lo mismo que para muchos de entonces, un reto.

Sobre Pablo han aparecido numerosos estudios. Cada exégeta ve lo esencial de Pablo en algo dife-

rente. Desde Lutero, muchos teólogos protestantes ven en el apóstol el centro de la fe cristiana. Lo vinculan sobre todo con la doctrina de la justificación por la fe. La carta a los Romanos y la carta a los Gálatas son para ellos lo que verdaderamente constituye la fe cristiana. Frente a este reduccionismo, en la Iglesia oriental se ve a Pablo más bien como el representante de la mística centrada en Cristo. Lo que pretende es introducirnos en una experiencia mística de Jesucristo. Otros ven en él al teólogo del bautismo y de la cena del Señor. En respuesta a los cultos místicos de aquel entonces, describe el culto cristiano como una experiencia de comunión con Jesucristo. Sobre el telón de fondo de los ritos de iniciación, que tan difundidos estaban en las religiones místicas de su tiempo, Richard Rohr llama a Pablo un hombre iniciado, un hombre que, en el encuentro con Jesucristo, pasó por un proceso de iniciación y que, de este modo, puede servir de modelo para nuestra propia iniciación.

Algunos ven en él al teólogo de formación griega que une la doctrina cristiana con la filosofía estoica. Otros, al judío que lucha por su pueblo y que se siente dividido con respecto a su propio cuño judío. Unos piensan que, para elaborar nuestra imagen de Pablo, sólo debemos emplear sus propias palabras tal como se encuentran en las cartas auténticas (1 Tesalonicenses, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Romanos, Filipenses y Filemón). Pero también la interpretación que Lucas ofrece en Hechos de los Apóstoles forma parte de la imagen de Pablo. Es, al fin y al cabo, una interpretación que

se hizo poco después de la muerte del apóstol. En la actualidad no podemos decir en qué medida los datos de Lucas responden a los hechos históricos. Pero, evidentemente, lo importante para él no eran los datos históricos en bruto, sino su significado más profundo. Sólo cuando la historia es interpretada se convierte para nosotros en algo significativo.

No soy exégeta. Poco puedo contribuir, por tanto, a arrojar luz sobre las discusiones exegéticas en torno a Pablo o a transmitir la teología del apóstol en su conjunto. En este libro deseo limitarme a describir las experiencias que probablemente se encuentran detrás de la teología de Pablo. Y deseo preguntarme una y otra vez cómo podemos vivir actualmente experiencias semejantes a las de Pablo y qué tiene que decirnos su teología. ¿Nos ayuda a vivir hoy como cristianos? ¿A qué experiencias desea conducirnos Pablo? ¿Cuál es para él la esencia de lo cristiano? Pablo salió en aquel entonces a recorrer un mundo lleno de planteamientos religiosos diferentes. También hoy vivimos en una sociedad multirreligiosa. ¿Cómo podemos hacer comprensible, mirando a Pablo, lo fundamental de nuestra fe? ¿Qué distingue nuestra experiencia de fe como cristianos de la experiencia religiosa de otros?

Pablo creció como judío en un entorno helenístico. Ése era por aquel entonces el destino de muchos judíos de la diáspora. Y esto llevaba con frecuencia a los judíos a retraerse totalmente de su entorno y a observar aún más celosamente su tradición para protegerse del desconcierto generado por el entorno griego. En Pablo podemos comprobar perfectamente ambas cosas. Por un lado, conocía la filosofía griega y los cultos místéricos que se celebraban en su ámbito. En Tarso, importante ciudad comercial, de unos 300.000 habitantes, conoció el sincretismo de todas las religiones posibles, y por eso intentó acentuar aún más fuertemente su identidad judía. Bajo el dominio de Alejandro, su conquistador, Tarso fue un importante centro de la filosofía griega. Y una ciudad comercial de primer orden. Los autores antiguos loan el afán de aprender de los habitantes de Tarso.

Quizá resulte útil un breve vistazo a la biografía paulina. Saulo —éste es su nombre judío— nació en Tarso en torno al cambio de era (los autores oscilan, al situar la fecha, entre el año 1 y el 10). Pertenecía a la tribu de Benjamín. Sus padres o bien eran muy ricos, y por eso pudieron comprarse la ciudadanía romana, o bien eran libertos que habían consegui-

do dicha ciudadanía. Independientemente del modo en que obtuvieran tal condición jurídica, probablemente fueron muy adinerados. De ahí que pudieran mandar a su hijo a Jerusalén para que se formase. Como Pablo aprendió el oficio de fabricante de tiendas, se supone que su padre desempeñaba el mismo trabajo y quizá llevaba un taller. Pero en este punto sólo cabe hacer conjeturas.

En Tarso, Pablo conoció las distintas religiones y cultos místicos y, naturalmente, la filosofía y la literatura griegas. “En su calidad de hijo de judíos de la diáspora, no sólo se juntó desde la infancia con personas de otras tribus y pueblos, sino que en esta metrópoli comercial pudo también vivir día a día la apertura al mundo. Las personas de otras culturas y opiniones no le resultaban extrañas, sino que desde su juventud pudo encontrarse con ellas y observar sus costumbres” (Gnilka, *Paulus* 23). Probablemente, Pablo dominaba cuatro idiomas: hebreo, arameo, griego y latín. Era, por consiguiente, un hombre culto que conocía bien la situación espiritual y religiosa de su entorno. ¿Cuáles eran las corrientes de las que Pablo tuvo que ocuparse?

La filosofía estoica

En su tiempo, la filosofía estoica era la filosofía de moda, por decirlo así. Determinaba el espíritu de la época. Su nombre le viene de la “*stoa poikile*”, “el pórtico multicolor” de Atenas donde enseñaba Zenón, el fundador del estoicismo o Stoa. La filosofía estoica ponía su centro de interés en la ética y

en el arte de la vida sana. Pretendía demostrar a Dios con razonamientos lógicos. La principal meta (*telos*) del ser humano es aprender a vivir correctamente la vida. El modo como la Stoa enuncia dicha meta es éste: “Vivir en armonía con el Logos” o, según la formulación de Zenón, “vivir considerando la verdad y el orden del Todo y contribuyendo a realizarlos según las propias fuerzas, sin dejarse arrastrar por lo irracional del alma” (*Theologische Realenzyklopädie* 32, Stoa 187). Los filósofos estoicos eran una especie de asesores espirituales o psicológicos que instruían al individuo en el arte de vivir. Un capítulo importante del asesoramiento vital era el modo adecuado de afrontar los golpes del destino. Al buen filósofo se le reconocía porque superaba el dolor sin afectos excesivos, porque lo soportaba con una paz estoica, por decirlo de alguna manera.

A los primeros cristianos, las instrucciones éticas de la Stoa les resultaban familiares, y a muchos de ellos les abrían nuevas perspectivas. Los recién convertidos traían “consigo a la comunidad cristiana un sólido caudal de comportamientos éticos” (Klauck, *Anknüpfung* 83). En todo caso, Pablo conocía la filosofía estoica. Sus códigos domésticos guardan correspondencia con la ética tal como se enseñaba en dicha filosofía. Por los mismos años en que, más tarde, Pablo estuvo en Roma, en esta ciudad vivía también Séneca. La Iglesia primitiva fingió un intercambio epistolar entre ambos. Evidentemente, la Iglesia pensaba que Pablo estaba cerca de la filosofía estoica. Esta cercanía queda patente

cuando comparamos las instrucciones de Pablo con las del filósofo romano Epicteto, antiguo esclavo que enseñó poco después de Pablo. “Algunos de los consejos que Pablo da en sus cartas a las comunidades, y que tendrá que darles posteriormente, se pueden encontrar tal cual en Epicteto” (*ibíd.* 83).

Lo que el ser humano tiene que superar son, sobre todo, sus afectos. El afecto es “un impulso que lleva más allá de la meta fijada por la razón” (*ibíd.* 32, 188). En la filosofía estoica, los afectos se consideran una enfermedad del alma. La razón ha de regirlo todo y debe dirigir al ser humano. La alegría, la tristeza, la avidez y el miedo son afectos que el ser humano debe evitar. En la filosofía estoica, la compasión se ve negativamente. Pablo hace referencia a los criterios de la filosofía estoica cuando les dice a los filipenses: “Tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable” (Flp 4,8). Pero al mismo tiempo se distancia de la Stoa al exhortar a los filipenses diciendo: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres” (Flp 4,4). Pablo escribe sus cartas con afectos intensos. Abre su corazón a los destinatarios y, con ello, se distancia de la impassibilidad de los filósofos estoicos.

En el discurso en el areópago, que Lucas pone en labios de Pablo, el evangelista se ocupa sólo de dos corrientes de la filosofía griega: la epicúrea y la estoica. Lo que a ambas tendencias les interesaba era, en última instancia, el modo en que el ser

humano puede encontrar el camino a la verdadera felicidad. La cuestión de la felicidad, de la vida lograda, es hoy igual de actual que entonces. También Pablo quiere dar a esta cuestión una respuesta cristiana. Muestra a Jesús como el camino a una vida lograda. Retoma el anhelo de felicidad que la filosofía griega acuñó desde Platón (“Todos los seres humanos quieren ser felices”) y formula su mensaje sobre el telón de fondo de tal anhelo.

La gnosis

“Gnosis” significa propiamente “conocimiento”, “saber”. Entre los historiadores no existe acuerdo acerca del movimiento de la gnosis o gnosticismo. La escuela de Bultmann partía de la existencia de un gnosticismo precristiano, pero muchos textos gnósticos son poscristianos e interpretan textos cristianos, como por ejemplo el evangelio de Juan, de manera gnóstica. Desde el Coloquio de Mesina de 1966 se distingue entre gnosis, como “saber reservado a una élite y relativo a los misterios divinos”, y gnosticismo, como sistema que parte de una visión dualista del mundo y gira en torno al mito del redentor celestial; el redentor gnóstico se abre camino a través de las esferas planetarias para despertar al yo narcotizado del ser humano (cf. *Lexikon für Theologie und Kirche*, Gnosis 803s). La gnosis se podría describir como una tendencia esotérica que se asocia con las religiones: con el judaísmo, con el cristianismo y con las religiones místicas. El gnosticismo es una doctrina que parte del hecho de que

el yo del ser humano es una chispa de la luz divina que ha salpicado la materia y que queda liberada por el redentor divino.

Tiene poco sentido leer las palabras de Pablo buscando siempre un mito gnóstico del redentor o un sistema gnóstico. Lo que sí se puede decir es que Pablo vivió en una época en la que las tendencias gnósticas eran fuertes en todas las religiones y también en los círculos judíos, cristianos y filosóficos. La gente necesitaba refugiarse en la espiritualidad para escapar a la extrañeza del mundo. En el mundo cada vez más duro del Imperio romano, los círculos gnósticos ejercían una gran fascinación sobre las personas en búsqueda espiritual. Eran muchos también los primeros cristianos que estaban fascinados por la corriente gnóstica. Estas tendencias de la gnosis son de plena actualidad. Hay muchas personas que se entusiasman con experiencias espirituales pero son incapaces de hacer frente a su vida concreta. Para ellas, la espiritualidad es una huida ante el caos de la propia vida. Pablo se encuentra con estas tendencias gnósticas en Corinto. El apóstol retoma el anhelo de conocimiento e iluminación y de verdadera sabiduría. Cita el eslogan de la gnosis (“Todo está permitido”) y, sobre el telón de fondo de las nociones gnósticas, les muestra a los corintios el camino que lleva a la sabiduría entre los perfectos.

Hacia el año 200, Clemente de Alejandría atribuyó a la gnosis las siguientes preguntas fundamentales: “¿Quiénes éramos? ¿Quiénes hemos llegado a ser? ¿Dónde estábamos? ¿Adónde hemos sido arrojados? ¿Hacia dónde nos apresuramos? ¿De qué esta-

mos liberados? ¿Qué es el nacimiento? ¿Qué el renacimiento?” (*ibíd.*, Gnosis 805). Estas preguntas, sin embargo, no quedan reservadas a la gnosis. Igualmente, nos atañen hoy a nosotros. Cada cual debe encontrar por sí mismo una respuesta a estas preguntas. Las circunstancias en las que Pablo responde son, pues, semejantes a la nuestra. Y será fascinante descubrir en las palabras de Pablo una respuesta a nuestros interrogantes actuales.

Los fariseos

Los padres del joven Saulo le mandaron muy pronto a Jerusalén para que fuera educado e instruido allí, en casa de Gamaliel. Gamaliel era un fariseo. “Su actividad se sitúa cronológicamente entre el año 25 y el 50 d.C.” (Gnilka 28). Probablemente pertenecía a la tendencia moderada. Al parecer, se trataba de una especie de internado en el que Pablo recibió instrucción sobre la ley judía y sobre espiritualidad. Evidentemente, estuvo allí lleno de celo. En la carta a los Gálatas dice de sí mismo: “Habéis oído hablar, sin duda, de mi antigua conducta como judío fiel a la ley, y sabéis con qué furia perseguía yo a la Iglesia de Dios intentando destrozarla. Incluso aventajaba dentro del judaísmo a muchos compatriotas de mi edad como fanático partidario de las tradiciones de mis antepasados” (Gál 1,13s). Pablo era un fariseo “para el que la Torá en sentido estricto y las tradiciones (orales) constituían el fundamento de su vida y el estímulo de su celo vital” (Schlier, *Galaterbrief* 52).

Pero ¿quiénes eran los fariseos? En el judaísmo de tiempos de Jesús había cuatro grupos: saduceos, fariseos, esenios y zelotas. Los saduceos eran el partido sacerdotal. Lo que les interesaba fundamentalmente era el templo y sus ritos, el dinero que obtenían del tributo del templo. Eran amigos de los romanos. Los fariseos intentaban traducir las leyes del Antiguo Testamento a la vida cotidiana concreta de la gente. Entre ellos había una tendencia más estricta y otra moderada. Los fariseos eran personas muy piadosas. Querían ayudar a la gente a conocer la voluntad de Dios y a cumplirla en el día a día. Pero en las sentencias judiciales pasaban por ser especialmente clementes. Gamaliel, el maestro de Pablo, pertenecía a la tendencia moderada de los fariseos. Las personas piadosas tenían a los fariseos como maestros. El lugar donde celebraban su culto era la sinagoga, y no tanto el templo de Jerusalén, donde mandaban los saduceos.

Los esenios eran un grupo de judíos piadosos que volvieron la espalda tanto al culto del templo como al servicio religioso celebrado en la sinagoga. Reunidos en círculos piadosos, intentaban cumplir la voluntad de Dios. Eran muy cordiales unos con otros, pero cuando alguien trasgredía las normas del grupo se le expulsaba sin compasión.

Los zelotas eran partisanos. Combatían de manera violenta a la potencia romana ocupante. Entre ellos se encontraban los “sicarios”, que llevaban bajo la ropa dagas cortas con las que una y otra vez mataban a soldados romanos.

Jesús discutió sobre todo con los fariseos. No obstante, en muchas cosas estaba muy cerca de ellos. Es evidente que tenía buenos contactos con algunos fariseos. Pero se distanciaba de su manera de pensar acerca del rendimiento. Las severas condenas de los fariseos, tal como las encontramos sobre todo en el evangelio de Mateo, sólo se entienden teniendo en cuenta el modo en que se desarrollaron los acontecimientos después de la caída de Jerusalén. Tras ésta, los fariseos se mantuvieron como el único grupo dentro del judaísmo. Y excluyeron conscientemente de la sinagoga a los cristianos. En tiempos de Pablo, sin embargo, esta marcada delimitación aún no existía. El propio apóstol dice de los fariseos que son la agrupación más fuerte dentro del judaísmo.

¿Cómo vivió Pablo la ley judía en su escuela farisaica? De hecho, después, su pensamiento gira constantemente en torno a esta cuestión. Por un lado es evidente que estaba fascinado por la ley. Se lanzó lleno de celo a guardar todos los preceptos con exactitud. Esto le daba seguridad en un entorno que a menudo estaba marcado por la laxitud y la decadencia. Y probablemente le daba también seguridad en su identidad personal. Lanzarse con celo ardiente a cumplir los preceptos es algo que siempre tiene que ver con la propia inseguridad. Es frecuente que quien así actúa espera de la ley apoyo interior y claridad. Tiene miedo a la amenaza procedente de su propio interior, de sus tendencias inconscientes, y por eso se aferra a la ley. Para él es como un corsé que mantiene unido su caos interior.

En el celo por la ley podemos observar además una segunda motivación, la de demostrar la propia valía mediante un rendimiento cada vez mayor. Desde el punto de vista psicológico, quienes actúan así son los tipos compulsivos que tienen que alcanzar un rendimiento para demostrar su valía ante sí mismos y ante los demás. Dado que interiormente se sienten sin valor, tienen que apoyarse en el rendimiento para superar el miedo a la propia carencia de valor. Pero esta superación difícilmente se consigue. A lo único a lo que conduce el miedo es a una obstinación y una dureza cada vez más profundas respecto a los demás. La experiencia que Pablo tuvo de la ley no es típica de los judíos que viven ésta como una obra buena de Dios. Evidentemente, la experiencia de Pablo guarda relación con su estructura psíquica. Probablemente, Pablo tenía dentro de sí tendencias compulsivas. De ahí que su mensaje de la liberación respecto a la ley sea una buena noticia sobre todo para las personas compulsivas. La tendencia a demostrar la propia valía mediante el rendimiento está muy extendida también hoy. Por eso el mensaje de Pablo sigue siendo actual para nosotros.

En el caso de Pablo, su miedo a la propia carencia de valor se manifestó en la desmesura con la que perseguía a los adeptos del nuevo camino. Lucas describe esta desmesura con las siguientes palabras: “Saulo... seguía amenazando de muerte a los discípulos del Señor” (Hch 9,1). Y Lucas pone en boca de Pablo esta frase: “Mi furor contra ellos llegó a tal extremo que los perseguí hasta en las ciudades

extranjerías” (Hch 26,11). Lo que se persigue con esa desmesura ejerce, evidentemente, una fascinación interior. De lo contrario, no se vería uno obligado a combatirlo de ese modo.

Así pues, parece evidente que Pablo se veía tironeado entre la fascinación por la claridad de la ley, que le daba sostén y seguridad, y la fascinación por la libertad que anunciaban Esteban y los adeptos del nuevo camino. En el cenit de su ira, la fascinación por la libertad se iba haciendo cada vez mayor. Así quedó abierto a la conversión, que derribó completamente por tierra el edificio de su vida. Pero también tras su conversión vemos en Pablo su gran capacidad de entusiasmo y su tira y afloja entre libertad y orden, entre fascinación por Cristo y furor contra quienes piensan de otro modo. La estructura de su psique sigue siendo la misma, pero en lo sucesivo queda puesta por Cristo al servicio de su obra y, de este modo, se convierte en fuente de salvación para muchos.

Para el pueblo de Israel, la ley es un don de Dios. Se alaba a Dios por el hecho de haber dado al pueblo una ley tan sabia, que garantiza el buen éxito de la vida. Seguramente, Pablo también vivió esta perspectiva positiva de la ley; de hecho, queda expresada en algunas de sus formulaciones. Pero además vivió su fracaso personal a causa de la ley. Experimentó la imposibilidad de cumplir la ley en su totalidad, por grandes que fueran los esfuerzos de su voluntad encaminados a lograrlo. Esta experiencia tuvo en él dos efectos: por un lado, le hizo convertirse en el perseguidor de los cristianos, que

explicaban la ley más libremente, y, por otro, le abrió a la conversión a Cristo.

La tensión que Pablo vivió como fariseo la experimentamos nosotros hoy. También hoy muchas personas anhelan una orientación más clara. Las agrupaciones fundamentalistas, que dicen con exactitud lo que hay que hacer, ejercen una gran atracción sobre muchas personas débiles. De dichas agrupaciones esperan estabilidad interior y una pertenencia clara a un grupo que, con su observancia estricta de la ley, les dé seguridad. Pero muchos viven la misma dicotomía que Pablo experimentó: se dan cuenta de que son incapaces de perseverar en la observancia de las prescripciones estrictas. O bien huyen a una doble vida en la que propagan las leyes duras, pero viven a escondidas su lado laxo, o bien reprimen su fracaso con la ley combatiendo a otros. La agresividad que resulta visible en su rígido cumplimiento de la ley les hace arremeter contra los demás. También en esta situación tiene hoy Pablo algo importante que decirnos.

Los cultos místéricos

En tiempos de Pablo, los distintos cultos místéricos ejercían una enorme fascinación. Unos procedían de Grecia, como por ejemplo los misterios eleusinos de Deméter; los misterios de Dionisos y el culto de Adonis, de Asia Menor; los misterios de Isis, de Egipto; el culto de Mitra, de Persia. Los cultos místéricos fascinaban a la gente porque en ellos uno se sentía tocado individualmente. Mediante

ritos de iniciación era introducido en el misterio de la *humanación*. El secreto que rodeaba los cultos místéricos y las experiencias que vivían quienes en ellos participaban favorecían la conciencia elitista. Uno se sentía *especial*. Esto era particularmente importante para muchos soldados y antiguos esclavos. En los cultos místéricos tenían parte en el destino de la divinidad. Al sumergirse, durante los cultos nocturnos, en la vida divina que se les concedía en los ritos, se sentían revestidos de dignidad. El culto de Mitra estaba reservado a los varones. En los demás cultos también podían participar las mujeres. En algunos, éstas incluso desempeñaban un papel predominante.

Evidentemente, Pablo conoció los cultos místéricos. Entró en contacto con ellos en Corinto, ciudad portuaria griega que, por su condición de tal, albergaba muchos de dichos cultos. Los miembros de la comunidad cristiana se encontraban con ellos a cada paso. Así, en las dos cartas a los Corintios, Pablo utiliza con frecuencia la terminología de los cultos místéricos. E interpreta la cena del Señor sobre el telón de fondo de las experiencias que los corintios habían tenido con cultos semejantes. Al mismo tiempo, pone de relieve también la diferencia entre la cena del Señor y los cultos místéricos. Pablo conoce el anhelo de los corintios. Y pienso que el suyo es también nuestro anhelo hoy. No queremos cumplir simplemente con nuestro deber. Anhelamos tener parte en Dios y en la vida divina. Y anhelamos pertenecer, en medio de lo imprevisible de este mundo, a un grupo que se apiña en tor-

no al altar y que por eso sabe que Cristo, y en él Dios mismo, está en medio de nosotros para darnos parte en su amor y en su vida.

La actitud abierta de los cultos místéricos en lo tocante a la participación de las mujeres tuvo repercusión en la Iglesia primitiva. En ella, las mujeres desempeñaban un papel importante. Tenían los mismos derechos. Así, la respuesta que Pablo da al nuevo papel de la mujer en la celebración litúrgica se ha de reconsiderar precisamente a la luz de los cultos místéricos. ¿Dónde asume la libertad y dónde la restringe en relación con las mujeres? Pablo desarrolla su teología del bautismo y de la cena del Señor sobre el telón de fondo de los cultos místéricos. Retoma el anhelo de los corintios y muestra su cumplimiento en la participación en el destino de Jesucristo. Pero dicha participación no se refiere sólo al culto, sino que se lleva a cabo en la vida cotidiana. Ahí toma Pablo parte en la muerte sufrida por Jesús, y se hace también visible el misterio de la resurrección.

Los cultos sacrificiales

Además de los cultos místéricos, existían las muchas comidas sacrificiales ofrecidas a los ídolos. Pablo habla de ellas en la primera carta a los Corintios. La carne que se podía comprar en el mercado procedía casi siempre de esos sacrificios a los ídolos. En la antigüedad, los templos eran como los mataderos que suministraban la carne para el mercado. Una parte de la carne sacrificada se consumía en el

banquete sacrificial ofrecido en honor de los dioses. El resto se vendía en el mercado. Tanto los romanos como los griegos practicaban muchos cultos sacrificiales. Se sacrificaban toros y ovejas. Una parte se quemaba sobre el altar sacrificial en honor de los dioses y la otra parte –casi siempre mayor– se comía. Así, los cultos sacrificiales eran siempre, además, comidas sacrificiales. Estas comidas le permitían a uno tener parte en Dios. Dios mismo era el verdadero anfitrión de dichas comidas. Se comía ante Dios, no con Dios (cf. Klauck, *Herrenmahl und hellenistischer Kult*, 49). Un rasgo fundamental de estas comidas era también el agradecimiento a Dios por sus beneficios. Estaban marcadas por la alegría y el alborozo. Algunos autores antiguos criticaron duramente estas comidas y se mofaron de ellas. Dios, argumentaban, se tapaba la cabeza cuando veía estas comidas sacrificiales.

Pablo tiene presentes estos cultos sacrificiales cuando apela a la conciencia de los corintios diciéndoles que no deben confundir la cena del Señor con una comida encaminada a saciarse y en la cual la gente se embriaga. Y se ocupa de ellos cuando aborda la cuestión de si un cristiano puede comer carne sacrificada a los ídolos. A la hora de comprar carne, los cristianos de Corinto se planteaban continuamente la cuestión de si era o no carne sacrificada a los ídolos. Y recibían con frecuencia invitaciones a participar en comidas sacrificiales ofrecidas en honor de los ídolos, pues muchas comidas de asociaciones, a las que seguramente eran invitados también los cristianos más distingui-

dos, tenían una estrecha vinculación con las comidas sacrificiales ofrecidas en honor de los ídolos.

En la antigüedad había también un culto propio destinado a determinados héroes que habían hecho mucho por el bien común de una ciudad. Tras su muerte, era frecuente que se les calificase de divinos. Entre los romanos, el culto al emperador guardaba relación con esta costumbre. El emperador era calificado de benefactor y se ofrecían sacrificios en su honor. Más tarde, estos sacrificios al emperador se convirtieron para los cristianos en la prueba decisiva de si se aferraban o no a la adoración única de Dios. Lucas critica la ideología romana sobre el soberano al describir a Jesús como el verdadero rey de la paz, y se muestra crítico con los reyes de este mundo que oprimen a sus pueblos y se hacen llamar benefactores. En Pablo echamos de menos esta actitud crítica. Las afirmaciones que hace en Rom 13 son más bien favorables a las autoridades. La cuestión de cómo se deben comportar los cristianos con respecto al Estado fue objeto de controversia ya en la Iglesia primitiva. Y todavía hoy se sigue respondiendo a ella de maneras diferentes.

A Pablo sólo podremos entenderlo si lo vemos sobre el trasfondo de su época. Él intentó anunciar el mensaje de Jesús a quienes abrigaban un anhelo espiritual, e intentó hacerlo de tal manera que se sintieran tocados por dicho mensaje y vieran en él un camino hacia una mayor libertad, vitalidad y amor. Pablo lo hizo retomando ese anhelo, pero no diciendo a la gente lo que ésta quería oír. Para él, lo importante era, sobre todo, transmitir a los demás

su propia experiencia de conversión y de conocimiento de Cristo. Para conseguirlo tenía que expresarse en cada caso de manera diferente, dependiendo de a quién hablaba y a quién dirigía sus cartas. Para mí, en todas las afirmaciones del apóstol es importante tener presentes mis propios interrogantes y anhelos. ¿Cuál es hoy para mí la Buena Noticia? ¿Cómo puedo encontrar en las palabras del apóstol un camino para mí? ¿Cuál es la experiencia de la que Pablo me hace partícipe?